

Breves reflexiones sobre la investigación y la docencia en Ciencias Sociales

EDELBERTO TORRES RIVAS

Tal como el documento que nos convoca a esta reunión lo solicita, quisiéramos ejemplificar con algunas experiencias presentadas sumariamente, las tensiones más frecuentes que se encuentran hoy día en la experiencia profesional cotidiana y que exhiben, de hecho, las políticas que se aplican en la enseñanza y la investigación en ciencias sociales. Tal presentación obliga, desgraciadamente, a situarnos en la inevitable esfera de los lugares comunes, pero esto no es sino el resultado de experiencias igualmente compartidas.

En las líneas finales, informamos acerca de los resultados preliminares en un experimento de reciente creación: El Programa Centroamericano de Desarrollo de las Ciencias Sociales, patrocinado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

1. En abstracto es difícil estar en desacuerdo en que el mejor sistema educativo es aquel que parte de las necesidades y determinantes culturales y políticas del medio social, sirve a aquéllas y modifica a éstos para producir profesionales calificados y socialmente responsables, que en su desempeño hacen compatible la función ciudadana con la calidad científica, el compromiso personal con la objetividad científica.

Bien conocidas contradicciones, más aparentes que esenciales, introducen tensiones y conflictos en la docencia e investigación sociales. Algunas de ellas son vividas como dicotomías de inaplazable solución y bien vistas las cosas, ellas desaparecen cuando los propósitos y objetivos académicos han sido realistamente determinados. Así, por ejemplo, algunas de esas contradicciones aluden a los problemas siguientes: a) el saber teórico *versus* el adiestramiento técnico; b) la especialización temática *versus* la generalidad comprensiva; c) la neutralidad valorativa y la inevitabilidad de la contaminación ideológica, a veces presentado como el problema de una

ciencia crítica *versus* su instrumentalidad pragmática; d) el nacionalismo científico *versus* la dependencia cultural, que a veces se disfraza como el esfuerzo por una sociología nacional frente a la importación de teorías y conceptos; e) la teoría pura como sistema de conocimiento en contradicción en la ciencia social aplicada, como acción orientada a la solución de problemas; f) a veces, parecieran surgir tensiones entre los fines personales y las demandas societales, como si el reconocimiento del *status* profesional coludiera con ciertas expectativas del medio ambiente. Veamos algunas de estas situaciones de conflicto.

La sociología surge —se ha dicho hasta el cansancio— cuando los hombres toman conciencia de su medio social y de los problemas que los afectan y cuando se hace evidente que el desarrollo social no es desarrollo natural y, por lo tanto, aquél es susceptible de corregirse por la acción voluntaria del hombre. La sociología nace de esa toma de conciencia que es al mismo tiempo posibilidad de acción. En este punto aparece de nuevo, como una constante, la necesidad de definir lo que la sociedad espera del científico social y del ejercicio de su disciplina: ¿respuestas pertinentes, diagnósticos y estrategias para el cambio, o sólo interpretaciones, generalmente *post festum* de los hechos sociales? Es más frecuente, sin embargo, la eventual separación de las funciones del cientista social y de su desempeño como reformador social o como *intelligentsia* de gabinete; o técnico o político. Tal separación tiene su origen en las prácticas educativas, en los contenidos y preocupaciones de la enseñanza, al disociar, de hecho, la enseñanza teórica de la solución de los problemas del mundo subdesarrollado.

Nuestra particular experiencia es que no existe una atención permanente a los objetivos prácticos, inmediatos y a veces molestos, para los cuales no hay respuesta, porque somos aficionados a los esquemas abstractos y a las soluciones de “última instancia”. Uno de tales resultados cercanos a nuestra vivencia es la perplejidad con que los recién graduados enfrentan sus nuevas tareas profesionales, especialmente cuando se ven reclutados a posiciones burocrático-técnicas en que la ciencia social aplicada es objeto de demandas inmediatas y concretas. Los postgraduados en el exterior son a veces un ejemplo del difícil proceso de readaptación y de los excesos de una “asincronía cultural” que conviene subrayar cada vez que sea necesario.

Vista la inaplazable necesidad de atender a una buena formación teórica, ésta debe orientarse por el conocimiento de los problemas más permanentes del subdesarrollo y no por las modas últimas del exterior; es decir, se hace necesaria la preparación de estudiantes que pueda utilizar los resultados de las ciencias sociales como instrumentos de políticas de reforma,

entrenarlos frente a la necesidad de dar respuestas inéditas frecuentemente de naturaleza problemática. Debe apoyarse la expansión de la investigación científica en términos de ciencia pura, pero también desarrollar en los alumnos aquellas facultades que les permitan, como investigadores, como docentes, como técnicos, hacer ciencia de acuerdo con sus propias intenciones y con las necesidades impostergables de su contexto social y cultural.

En relación a tales consideraciones, y en base al tipo de formación que se imparte en los centros de enseñanza, es bueno señalar la necesaria distinción entre problemas sociológicos y problemas sociales, distinción que resulta decisiva por la constante confusión de sus implicaciones prácticas. Los problemas sociales no son del dominio exclusivo de la disciplina y ella se interesa por los mismos en cuanto forman el núcleo problemático de la sociedad. Los problemas sociológicos apuntan al desarrollo interno de su sistema de conocimiento, de su estructura científica. Ellos forman parte del núcleo problemático de la ciencia. En sus implicaciones prácticas tal distinción debe mantenerse porque si bien es cierto que la sociología es también un instrumento de conocimiento que puede contribuir al cambio social, solamente una ciencia desarrollada puede dar eficazmente tal contribución. Otro peligro deriva de una irrefrenable tendencia a “sociologizar” todos los problemas. Originado en una comparación absurda entre los niveles de respuesta que pueden dar las ciencias sociales y los de las ciencias naturales (física, química, ingeniería, ciencias médico-biológicas, etcétera).

El problema que intento plantear tiene otra dimensión y se refiere no solamente al compromiso del sociólogo (o del cientista social) como ciudadano de una comunidad política, sino propiamente al problema de las orientaciones, recomendaciones y decisiones significativas en la esfera de la solución de problemas de política social aplicada que se toman bajo la inspiración teórica o son el resultado de técnicas que no corresponden a las necesidades del medio humano o cultural al cual se dirigen y que tampoco corresponden al sentido del proceso histórico del desarrollo latinoamericano.

Conectado con lo anterior se padece cada vez más frecuentemente la tensión derivada de nuestra dependencia cultural de los centros científicos más desarrollados del exterior, problema ya señalado por numerosos cientistas sociales en los últimos años. En diversos periodos de nuestra historia hemos padecido los efectos de un cierto absolutismo conceptual que tiene su origen y explicación en el antropocentrismo europeo-norteamericano. Las vías de tal vinculación y los mecanismos han quedado hoy día cuestionados en numerosas denuncias que subrayan, sobre todo, la actitud colonial de nuestras élites intelectuales: los valores que organizan su horizonte

cultural se inspiran, o simplemente se importan, de medios más desarrollados cuya experiencia no puede ser aceptada como antecedente cultural, a repetir.

No quisiéramos ser mal interpretados, ya que consideramos inútil volver a la discusión de la necesidad de construir “sociologías nacionales”, temática inspirada por ciertos americanistas del reciente pasado latinoamericano y apoyada en ideologías falsamente nacionales. En la actividad profesional, en la cátedra y en el oficio de la investigación debe prevalecer la conciencia de la unidad de la ciencia, de la universalidad de sus principios, al mismo tiempo que el cuidado por encontrar la diversidad histórica y la especificidad de los rasgos nacionales, lo que obliga a un constante esfuerzo de creación propia, en primer lugar, y de redefinición y ajuste activo, enseguida.

Por el clima político que priva en los centros universitarios, en la enseñanza de las ciencias sociales se oscila irremediabilmente entre extremos igualmente dañinos del rechazo xenófobo y de la aceptación colonial. El mundo en que vivimos, crecientemente integrado por los progresos de la revolución científico-tecnológica, ha consolidado una cultura universal, en la que hay componentes de una cultura dominante que forma parte de la estructura internacional de dominación. Ello explica la posición subordinada dependiente de nuestros países y culturas.

Es contra esa dominación y penetración cultural, que forma parte de la misma estructura de subordinación internacional que combatimos, a la que nos debemos enfrentar. Los ejemplos de tal penetración están a la vista de todos: el uso de categorías teóricas cuyo referente histórico las invalida de inmediato, son utilizadas en análisis de dudosa seriedad; o, por ejemplo, la aplicación de escalas cuyos componentes de medición están culturalmente referidos; o la extrema sofisticación técnica de ciertos análisis que requieren información estadística precisa de la cual carecemos; y, en el otro extremo, por ejemplo, la utilización de patrones ideológicos donde el movimiento obrero y los conflictos de clase tienen una dinámica y una dirección propias. La ciencia social y las técnicas de investigación del mundo industrializado son caras; los proyectos de investigación que movilizan cuantiosos recursos humanos y financieros, son proyectos de lujo que nos colocan en una situación aparentemente desventajosa. Pero no hay tal disyuntiva. Afirmamos que es posible hacer ciencia adaptada a recursos modestos, a nuestras condiciones y exigencias, y es a aquellas a las que podemos responder con entusiasmo personal y responsabilidad profesional. Este optimismo debe ser transmitido a las nuevas generaciones, pues forma parte del combate contra la penetración cultural del exterior.

Al afirmar líneas arriba que no hay “sociologías nacionales” ni en

cuanto a estilo por temática, quisiéramos agregar una experiencia ciertamente compartida por otros muchos colegas. Todos padecemos de necesidad apremiante de entender cada vez con mayor profundidad la naturaleza de los procesos sociales reales, de atribuirles la significación particular que les corresponde históricamente, y de explicar la dirección en que el cambio se orienta, todo lo cual plantea un reto radical: analizar la sociedad subdesarrollada en su especificidad histórica, y en sus múltiples dimensiones particulares. La tarea no es fácil pero se ha iniciado ya y sólo puede avanzar si la renovación del pensamiento social latinoamericano está estrechamente vinculada a la renovación de las sociedades latinoamericanas, en un condicionamiento en que la ciencia y la conciencia marchen juntas, o sean una sola unidad.

Se hace necesario en nuestra práctica profesional aplicar una política de “sustitución de importaciones”, si vale la metáfora: de la importación acrítica de conceptos exportados a la producción teórica en las condiciones de nuestro mercado intelectual, con nuestros propios recursos, de los bienes culturales que la ciencia y la transformación de la sociedad nos exigen.

Nos ha tocado vivir en los últimos tiempos la experiencia de redactar, revisar y discutir programas y planes de estudio para las especialidades de sociología y ciencia política. En tales ocasiones, enfrentamos lo que parece constituye la más elemental de las contradicciones que dividen la experiencia profesional: Teoría *versus* técnicas de investigación, a veces presentada como un falso enfrentamiento con la “metodología”. De raíz se trata de un falso dilema, pero es evidente que las falsas preguntas traen malas respuestas, y de ellas se han nutrido recurrentemente las discusiones entre profesores y alumnos, entre derechas a izquierdas universitarias. La responsabilidad recae en la adhesión emocional de unos y otros, a temáticas de moda o a prejuicios ideológicos.

La influencia del funcionalismo norteamericano y sobre todo el sobre-desarrollo de cierta tecnología matemática ha despertado el entusiasmo por técnicas de investigación que subrayan el control y la medición de la conducta observable y de las opiniones y/o actitudes verbales, como raíz explicativa de procesos objetivos. Es sabido que tales técnicas limitan las temáticas a investigar y que llevadas a sus últimas consecuencias, por los epígonos de la cuantofrenia se erigen en el “método” de investigación por antonomasia. Pero es bien sabido que la mejor técnica no sustituye el análisis teórico, cualquiera que sea el campo de conocimiento de que se trate.

De otro lado, aparece el rechazo en nombre del marxismo que a veces no esconde sino un simple desentrenamiento matemático. El síndrome antiempírico, como ha sido señalado acertadamente por varios maestros latinoamericanos, forma también parte de una actitud tradicional, en corres-

pondencia con la tradición ensayística y verbal de raíz hispánica. Echarse en brazos de la interpretación materialista de la historia, como excusa, no es la mejor salida. Al opinar en torno al mejor equilibrio que deben alcanzar los planes de estudio (aludidos líneas arriba), nuestra experiencia subraya la importancia de una formación teórica sólida, como punto de partida, apoyada en un buen conocimiento del pensamiento social clásico. Con tal base, se facilita el conocimiento y aprovechamiento de las diversas técnicas de investigar, asumidas tales técnicas con rigor y oportunidad.

Esta existencia no nos permite prescindir en bloque, por lo tanto de ninguna forma de aproximación a la realidad, aun sabiendo que las nuevas herramientas para la recolección de datos, por ejemplo, o la aplicación del análisis probabilístico, la utilización de las teorías de los juegos y de la simulación de sistemas, así como cualquier otro instrumento de experimentación y de análisis cuantitativo, etcétera, todas ellas son en sí mismas técnicas válidas y aprovechables en el proceso de expansión del conocimiento científico, aunque no hayan sido diseñadas para *explicar* la esencia de la vida social: la naturaleza y dinamismo de las fuerzas sociales. Son ellas contribuciones técnicas útiles para fines delimitados y en ciertos momentos de la investigación; el tratamiento cuantitativo y la aproximación al conocimiento empírico deben formar parte del entrenamiento académico. Eliminarlos *a priori* constituye una intolerable arbitrariedad, que se excusa ideológicamente, pero no en nombre de una formación integral.

En relación a estas preocupaciones tan frecuentes y tediosas, algunas experiencias locales parecen olvidar que la estrategia de la investigación social no es una cuestión abstracta y que tiene, por el contrario, requerimientos y limitaciones específicas originadas en el nivel del desarrollo cultural y económico de la sociedad. ¿De qué se trata? ¿De alcanzar un compromiso inestable entre teoría y técnica? ¿Cómo es deseable y posible tal balance? El equilibrio en los planes de enseñanza será siempre un problema concreto, de políticas educativas nacional y temporalmente condicionadas, que también se resuelven por el acceso a las diversas especialidades; en suma, de necesidades que la programación educativa y de los recursos humanos y las posibilidades del contexto cultural, van señalando.

Las tensiones entre las expectativas personales (del recién graduado o del vuelto del exterior, etcétera), y las oportunidades o demandas sociales constituyen, crecientemente, un problema que no ha sido contemplado suficientemente porque se presenta —y se resuelve— extra-aulas y pareciera no ser de nuestro cuidado, como docentes e investigadores, el destino final del producto que contribuimos a formar. En algunos medios menos desarrollados las expectativas sociales son generalmente difusas acerca de las posibilidades de participación del joven profesional en la resolución

de los problemas, en tanto que los objetivos personales son frecuentemente definidos con precisión: gratificaciones inmediatas (salario, *status* burocrático, influencias, etcétera) que el mercado de trabajo no alcanza a satisfacer.

Aunque es importante no es éste el núcleo problemático; es decir, puede preocuparnos el desbalance entre la gratificación del profesional y sus aptitudes y habilidades; pero es más importante preguntarnos si estas últimas están en correspondencia con las necesidades sociales que van a enfrentar. La información y el entrenamiento dependen, en buena medida, de las excelencias del sistema universitario; de ahí que el desempeño de los egresados de las facultades de ciencias sociales no sólo se plantee como un asunto de incongruencias o debilidades de la estructura ocupacional, sino como una preocupación por el tipo de habilidades y conocimientos que profesionalmente son necesarios para justificar socialmente su formación.

La hora de América Latina es la hora del cambio social, de la pugna inaplazable por salir del subdesarrollo y la dependencia y por derribar las viejas estructuras heredadas de un pasado que se niega a morir. Es éste, afortunadamente, un tema común aunque diversos sean los enfoques y múltiples las “soluciones” o los estilos para enfrentarse al desafío. Debemos preguntarnos por la clase de científicos sociales que estamos formando: ¿técnicos o intelectuales neutros? o ¿políticos frustrados?

El problema se desdobra, a nuestro juicio, en dos direcciones significativas desde el punto de vista de los contenidos educativos: el nivel de las grandes opciones y de las políticas en abstracto y la dimensión operacional y del manejo de las coyunturas inmediatas. O dicho con otras palabras, la preparación académica para enfrentar y resolver las alternativas teóricas del desarrollo o el entrenamiento técnico para encontrar soluciones y resolver problemas cotidianos que el cambio social va planteando.

Dejamos al margen la discusión, ya insinuada, acerca del tema de la ciencia “pura” *versus* ciencia “aplicada”; pero cabe preguntarnos una vez más si la sociología y las ciencias sociales afines son en esencia sistemas de conocimiento, teorías de la sociedad exclusivamente o si, sin perder su autonomía científica, pueden extenderse al terreno de la aplicación práctica, de su utilización instrumental; es decir, si efectivamente el conocimiento teórico puede guiar la acción política. El problema no es gratuito. Surge de necesidades y contratiempos ya experimentados en las situaciones más diversas y es en atención a las mismas que la respuesta puede darse. En una sociedad convulsionada por un proceso de cambio radical, de ofensiva contra los remanentes de la vieja sociedad oligárquica tradicional, de ampliación de la participación popular y expansión de sus fuerzas pro-

ductivas, la participación del cientista social debería ser activa e integral. Algunas experiencias en tal sentido son ciertamente frustrantes; jóvenes sociólogos, por ejemplo, son rápidamente integrados a la maquinaria burocrática donde se les exige respuestas diarias a problemas concretos y se encuentran sin los antecedentes necesarios para definir diagnósticos y proponer soluciones. Muchos están viviendo este proceso donde el joven profesional enfrenta la insuficiencia de su entrenamiento y la impotencia relativa de su papel.

Sin embargo, en otros contextos sociales y a partir de mi propia experiencia, pareciera que tanto por razones ético-políticas como por efectos del entrenamiento previo, el cientista social sólo puede participar al nivel de la formulación de las opciones teóricas más generales, a veces críticas del orden establecido, y por ello mismo, practicando una ciencia de oposición. Nos parece que en sociedades sometidas a gobiernos autoritarios, de crecimiento excluyente y contención popular, no hay muchas alternativas en este momento y los imperativos de una actividad intelectual comprometida con el cambio del *statu quo*, se imponen puntualmente en razón del momento de crisis general que experimentan, tan agudamente, varias sociedades latinoamericanas. Y los contenidos de la enseñanza no deberían conducir a la total neutralización ni de la actividad docente ni de la investigación.

Las tensiones que inicialmente se proponían como elementos de discusión y como parte de una experiencia compartida, quedan resueltas en función de los objetivos de la enseñanza y la investigación en la actual etapa del desarrollo (económico, político y cultural) latinoamericano. Por lo demás, hay que aceptar que aun partiendo desde posiciones ideológicas se puede alcanzar un conocimiento científico y practicar una reflexión objetiva de los problemas sociales y que la afiliación militante no conspira, en bloque, contra una sólida preparación profesional. En momentos como el cual, la ciencia social pasa a ser más que en ningún otro, un vehículo de afirmación nacional, de guía intelectual para la acción política, de conciencia crítica de nuestro tiempo, instancia que prepara el futuro. Por lo tanto, la Universidad reivindica así y con suficiente razón su condición de alma mater.

Breves palabras deben anotarse, finalmente, en una dimensión casi auto-crítica acerca de los métodos pedagógicos que empleamos, de la forma en que conducimos nuestras relaciones con los alumnos y de cómo el esfuerzo educativo debería conducir a la formación plena de la personalidad del estudiante, para que sea capaz de una clara conciencia ciudadana, con aptitudes para la reflexión autónoma pero generosa, en suma, para desterrar el paternalismo y el autoritarismo académicos, que no terminan por

irse de las aulas. Por efecto de viejos hábitos, a veces no conscientes, la transmisión del conocimiento científico o la mera información, se torna una labor capciosa, dogmática y sectaria, o apoyada en el *status* de poder que da la cátedra o las “verdades” que se manejan. Todo ello y muchas otras cosas más de las que es mejor no hablar, impiden al joven estudiante su pleno florecimiento personal, así como su mejor entrenamiento en términos profesionales.

Es cierto también que la crisis social que vivimos se refleja en ese profundo desajuste que experimentan casi crónicamente la inmensa mayoría de las universidades de la región. Un aspecto de este desajuste proviene del deslizamiento al parecer inevitable de los centros académicos en verdaderos “partidos de oposición”; otro, de la radicalización de la juventud, que es un signo de nuestros tiempos y bienvenida sea si la sabemos canalizar, como energía espontánea que requiere de una dirección para ponerse a trabajar.

Muchos representantes de las nuevas generaciones estudiantiles están viviendo su “cuarto de hora” revolucionario; aquellos que se reclutan para las ciencias sociales son, probablemente, los más virulentos o “acelerados”. ¿Cuál es nuestra función, como docentes, frente a ellos? ¿Recortar las agudas aristas de su entusiasmo o prolongar aquellos quince minutos por toda una vida, orientada al servicio de la ciencia y la sociedad? Pero esto dicho así resulta muy abstracto; y además se ha repetido bajo otros ropajes y por ello quisiera presentarlo de otra manera. En alguna forma todos nos hemos enfrentado con grupos de alumnos “ultras”, cuya fiebre izquierdista los lleva a la intolerancia de cuanto a sus ojos no esté al servicio directo de la revolución. ¿Qué revolución? No importa, porque el problema es otro. ¿Cuántas veces nos hemos sentido urgidos, en el aula o fuera de ella, a dar respuestas ideológicas a demandas ideológicas? A dar respuestas que los alumnos quieren escuchar; o, ¿el desaliento por el exceso de tiempo perdido en huelgas, “tomas de local” y otras actividades de esa naturaleza? ¿Qué entregar: ciencia o ideología, emoción o conocimiento? El dilema pareciera absurdo pero muchos de nosotros sabemos que es real.

El desafío es serio porque el mundo simbólico de la juventud está alimentado por raíces críticas de la propia cultura adulta y porque está animado de otras urgencias, donde pareciera no tener cabida sino sólo la emoción. Pero esto es falso. El vigor del entusiasmo y la rebeldía de hoy día no hacen sino plantear en otros términos el problema de la autoridad, que también está en crisis y que se expresa en las deterioradas relaciones profesor-alumno. Lo que interesa señalar, como epílogo, es que temo que aún no tenemos bien estructuradas las respuestas para un desajuste del

cual también somos artífices. Habrá que experimentar nuevas formas pedagógicas de transmisión de conocimientos, habrá que encontrar nuevas relaciones en el seno de la comunidad académica que sustituyan la vieja autoridad señorial, así como otros niveles de cooperación entre quienes tienen como deber enseñar frente a quienes tienen el deber de aprender.

Finalmente, en el terreno de las políticas de investigación quisiéramos brevemente señalar dos problemas —de los muchos que se presentan— avalados por algunas experiencias de los últimos años vividas personal o indirectamente en varios países de la región.

a) La búsqueda neurótica de la originalidad nos lleva frecuentemente a despreciar los hallazgos y las conclusiones establecidas en otras investigaciones; en vieja frase que don José Medina Echavarría no se cansa de repetir, recordemos que es difícil “descubrir mediterráneos” en las ciencias sociales; lo aconsejable es aceptar el trabajo de otros, si la calidad lo acredita, como nuevos puntos de partida. Para ello es necesario una gran *modestia* y un alto sentido del deber profesional. Todos conocemos el número de inútiles investigaciones realizadas o iniciadas, en la medida que duplican esfuerzos anteriores; la modestia y la honestidad intelectual deberían combinarse con la pasión por la verdad, a fin de poder pararnos en los hombros de quienes nos antecedieron, para alcanzar a ver cada vez más allá, en toda su extensión, el problema social.

b) Existen hábitos de trabajo en virtud de los cuales se invierte un exceso de tiempo en la preparación del diseño y de los instrumentos de la investigación y solamente un esfuerzo marginal en la preparación del análisis e interpretación de los datos. Esto es particularmente cierto en las investigaciones cuantitativo-empíricas. ¿Nos hemos preguntado seriamente, alguna vez, sobre el número de investigaciones que nunca vieron su fin? O, ¿de “informes preliminares” para los cuales nunca hubo tiempo de alcanzar la forma de versión definitiva? Me atrevería a afirmar que de cada tres investigaciones que se inician, una se interrumpe (por diversos motivos que no viene al caso repetir aquí), otra se resuelve por la vía más expedita del “informe provisional” y quizás la última alcance la elaboración final y se publique. En nuestra opinión, estamos en presencia de un verdadero síndrome de debilidad intelectual que conspira contra los recursos económicos, los esfuerzos personales y el mismo prestigio institucional de los centros de investigación. Tal despilfarro es inadmisibles dadas las tareas que tenemos por delante.

2. Quisiera aprovechar esta reunión para presentar una sumaria información acerca de los trabajos iniciados por el PROGRAMA CENTROAMERICANO PARA EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES.

La reunión ordinaria de rectores de las cinco universidades nacionales de la región, organizada en el *Consejo Superior Universitario Centroamericano* (CSUCA), celebrada en enero de 1971 aprobó la creación del PROGRAMA, con el objeto de impulsar el desarrollo de las ciencias sociales en la región a base del cumplimiento de objetivos mínimos a cumplir, utilizando y coordinando los recursos ya existentes en las cinco universidades nacionales del istmo centroamericano.

El PROGRAMA está financiado por la CSUCA, en base a cuotas especiales otorgadas por las universidades participantes, con lo cual se ha constituido un fondo que nos permite iniciar con modestia pero con firmeza las tareas de impulsar la investigación y la docencia en ciencias sociales. Los trabajos del PROGRAMA se iniciaron en octubre de 1971 y en tal oportunidad quedaron trazados los objetivos mínimos a realizar:

1. Proyectos de investigación:

- a) Subproyecto de historia económica y social: que trata de reinterpretar la historia centroamericana como un proceso de constitución nacional, subrayando la importancia de la dinámica económica y de los factores sociales constitutivos. El proyecto intenta conocer los procesos de desarrollo económico y social desde la independencia hasta la crisis de 1930. Este proyecto se encuentra bajo la dirección de los profesores Ciro Cardoso y José Luis Vega y actualmente finalizan la etapa preliminar destinada al establecimiento de la bibliografía, el inventario de las fuentes y la constitución de un equipo de investigadores en los cinco países centroamericanos.
- b) Subproyecto de estudio de la estructura social rural. En esta investigación se ha planteado la necesidad de reunir y completar las informaciones e investigaciones parciales existentes y en base a ellas y de nuevos esfuerzos de aproximación, determinar la naturaleza de las relaciones de clase en el campo centroamericano, donde los desequilibrios y discontinuidades son agudos por la coexistencia de una agricultura capitalista de exportación y viejas formas de economía campesina. Este proyecto se encuentra bajo la coordinación de Edelberto Torres Rivas, y se desarrolla en base a investigaciones nacionales dirigidas, en cada país, por un investigador responsable.

2. Seminarios:

Se trata de reunir periódicamente a los profesores e investigadores de los diversos departamentos de Ciencias Sociales a fin de discutir problemas relacionados con la investigación y la docencia, planes de estudio, bibliografía, materias programáticas específicas y, especialmente para la forma-

ción e información teórica. En la segunda semana de marzo realizamos el primero de ellos, sobre el tema La Estructura Social Rural, donde se presentaron ponencias e informes de investigaciones en proceso. La experiencia de este primer seminario avala los proyectos de realizar dos más para el presente año: en julio, uno para discutir la unificación de los planes de estudio y docencia en ciencias sociales (especialmente Sociología y Ciencia Política) y en noviembre, un seminario sobre metodología y técnicas de la investigación social.

3. Revista: "Estudios Sociales Centroamericanos":

Publicación trianual abierta a las distintas especialidades de las ciencias sociales (Sociología, Antropología, Economía, Historia y Demografía) que tiene el propósito de publicar trabajos de autores centroamericanos o sobre temas centroamericanos de autores extranjeros. La revista busca combinar la demanda de un público no especializado con una cierta calidad en los trabajos. El primer número saldrá a finales de este mes de marzo. El equipo de dirección lo forman los integrantes del PROGRAMA.

4. Fondo de información y documentación y biblioteca:

Es ésta una de las tareas más urgentes para elevar el nivel de la docencia y mejorar las tareas de investigación en Centroamérica. El propósito es crear una biblioteca especializada en ciencias sociales, especialmente en Historia, Sociología y Ciencia Política; el Fondo de Documentación, en vías de organización, reunirá todos los documentos existentes en archivos, bibliotecas e instituciones del exterior, a través de microfilms, fotocopias y otras formas de reproducción. Hasta el momento, hemos iniciado contactos con varias universidades norteamericanas, el Museo Británico de Londres y los Archivos Nacionales de París, y esperamos poder organizar una eficaz fuente de datos para futuros trabajos.

5. El PROGRAMA está realizando ya asistencia docente a las universidades miembros, por medio de cursos de variada duración, a cargo de los especialistas que trabajan en el PROGRAMA, así como cooperación y asesoría en algunas de las investigaciones que ya se encontraban en camino.

Es inútil decir que los objetivos anteriores constituyen el esfuerzo inicial de un proyecto de largo plazo; la modestia de los recursos con que contamos no nos impide asegurar que tales propósitos se cumplan; de hecho, los estamos realizando ya, animados por la convicción de que con limitaciones económicas y humanas pero con entusiasmo también se puede hacer ciencia en el mundo subdesarrollado.